

♦ MARIANA ROSETTI

**LOS PLIEGUES Y VERICUETOS DE LA LETRA:
EL CONCEPTO PROBLEMÁTICO DEL LETRADO**

EN

El Periquillo Sarniento

*“Señor, usted ha estudiado, díganos,
¿por qué hablan los pericos como la gente?”*

José Joaquín Fernández de Lizardi, El Periquillo Sarniento

EL PERIODO QUE ABARCA LOS PRIMEROS DECENIOS DEL SIGLO XIX EN AMÉRICA LATINA ESTÁ CARACTERIZADO POR LA INDEPENDENCIA DE LA MAYORÍA DE LOS PAÍSES DEL DOMINIO ESPAÑOL. ESTA EMANCIPACIÓN ES PERCIBIDA COMO UN ANTES Y DESPUÉS: UNA RUPTURA POLÍTICA INNEGABLE E IRREVERSIBLE QUE SEPARA EL TIEMPO DE LA MONARQUÍA DE LA ERA REPUBLICANA (GUERRA, 1992).

Dicha *irreversibilidad* temporal trae aparejada la necesidad de conformar una cultura americana capaz de generar un constructo discursivo-cultural que la legalice, la instaure en la comunicación diaria y en el imaginario colectivo. Lo particular de este conflictivo periodo es, sin duda, la conciencia de estar asistiendo al nacimiento de una nueva era sumamente compleja y multiforme por los diversos factores, actores y espacios que se entrelazan. Por ello, este nacimiento se presenta de forma turbulenta y no ligado, en términos generales y a diferencia de lo que pudo parecer el comienzo del siglo XVIII, a la claridad, el orden y la armonía que organizan un cosmos cerrado, o al menos, cognoscible.

Esto no sólo será para Latinoamérica un contexto repentinamente vertiginoso e irreversible, sino también, aunque con diferencias reconocibles, significará la fractura con su propio orden y realidad colonial. Este cambio político acaecido ha sido conflictivo para la investigación posterior en torno a su nominación y definición. Al respecto, son sumamente productivas las diferencias que ha generado François-Xavier Guerra (1992) en torno a los conceptos de *revolución* e *independencia* al definir al primero de estos fenómenos como una *mutación cultural* con carácter pedagógico y al segundo concepto como un hecho de carácter político que suele verse absorbido por el primer fenómeno. Esta perspectiva semántica-cultural en torno al fenómeno revolucionario se ve reforzada por Reinhart Koselleck (1993) que analiza al fenómeno revolucionario como *concepto universal elástico y producto lingüístico de nuestra modernidad*. Al igual que Hannah Arendt (1965), ambos autores estudian el concepto de revolución moderna como consecuencia de dos momentos: la *aceleración* de la historia y su carácter *desconocido* que le otorgan al fenómeno un carácter de *dirección sin retorno*.¹

Sin duda alguna, este período histórico condensa un momento de cambio impensable hasta ese entonces por las elites criollas.² Si bien son innegables los factores

políticos y económicos que impulsan y sostienen el deseo de cambio en manos de los criollos, también es fundamental no dejar de lado la conformación incipiente de un nuevo tipo de conciencia de sí que articula este sector como forma de sustentar culturalmente la separación con respecto a España y a su dominio transoceánico: “La independencia, aunque precipitada por un choque externo, fue la culminación de un largo proceso de enajenación en el cual Hispanoamérica se dio cuenta de su propia identidad, tomó conciencia de su cultura, se hizo celosa de sus recursos” (Lynch, 1985: 9).

El hecho de tomar conciencia de su cultura se ve ligado inextricablemente a la usurpación violenta del trono Borbón en manos de Bonaparte y la respuesta subsiguiente y veloz por parte de los pueblos hispanoamericanos.³ La violencia externa se ve aplacada a través del acto de *tomar la palabra*: “Una multitud de habitantes de la Monarquía, de los más altos a los más bajos, como particulares o como cuerpos, incluidas ínfimas comunidades indígenas, toman la palabra al mismo tiempo” (Guerra, 2002: 358). La resistencia deviene en palabras y en el uso de diversos géneros literarios que se entremezclan, dialogan y, fundamentalmente, se publican generando un quiebre en el esquema de la “publicación” vigente en las sociedades del Antiguo Régimen:

1 En torno al análisis del proceso de emancipación complejo y multiforme acaecido en Latinoamérica y la importancia de los factores en juego serán imprescindibles los estudios de José Luis Romero (1985), David Brading (1991), Robert Harvey (2009), Ernest Guellner (1991), Eric Hobsbawm (1991), John Lynch (1985), Ernest Renan (1987), Ricaute Soler (1980), Rafael Rojas (2010), Halperín Donghi (1985 y 2000), Noemí Goldman (1998, 2008), Elías Palti (2002), entre otros.

2 El carácter innovador de dicho cambio es matizado por varios historiadores, como es el caso de Lynch que sostiene: “La independencia fue una fuerza poderosa, pero finita que se abatió

sobre Hispanoamérica como una gran tormenta, barriendo los vínculos con España y la fábrica del gobierno colonial, pero dejando intactas las profundamente arraigadas bases de la sociedad colonial” (Lynch, 1985: 386).

3 “Por primera vez en la historia de una Monarquía occidental una dinastía reinante es reemplazada por la violencia; por primera vez, también, la usurpación es rechazada por unos levantamientos que, sea cual sea el papel que en ellos jugaron las elites, tienen un carácter marcadamente popular” (Guerra, 2002: 358).

LA INDEPENDENCIA, ADEMÁS DE UNA GUERRA, FUE UNA REVOLUCIÓN INTELECTUAL, UN ASUNTO DE IDEAS Y LENGUAJES POLÍTICOS: ERA PRECISO ABANDONAR EL MODO ANTIGUO DE PENSAR LA COMUNIDAD PARA ORGANIZARLA REPUBLICANAMENTE.

La circulación de todos estos textos y su publicación en muy diversos lugares refuerzan lo que ya existía, aunque en menor grado, anteriormente: la Monarquía no es sólo un único espacio político y un espacio humano estructurado por densas redes familiares, sino también un espacio de comunicación muy unificado [...] Este sentimiento de comunidad que llevó a toda América en 1807 a festejar el heroísmo de los defensores de Buenos Aires se manifiesta ahora con una fuerza aún mayor y hace posible lo que pronto veremos, la constitución de un espacio global de opinión (Guerra, 2002: 360).

Lo que se presenta a primera vista como un *espacio global de opinión*, esconde detrás (de manera subrepticia en algunos casos, de forma ostensible, en otros) el armado y la construcción por parte de los grupos letrados criollos. Estos grupos asumen el cambio como una posibilidad de reposicionarse dentro de las redes

de interacción social asumiendo el papel de *publicistas* o *escritores públicos* (Palti, 2008),⁴ o, como lo presenta de forma categórica Rafael Rojas, *traductores de la patria* (2010).⁵ Al respecto, Palti sostiene en su obra *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (2007) que la independencia, además de una guerra, fue una revolución intelectual, un asunto de ideas y lenguajes políticos: era preciso abandonar el modo antiguo de

4 Palti retoma la definición realizada por Guerra quien habla del surgimiento de un “publicista”: “supuesto portavoz de una opinión que él mismo se empeña en crear y movilizar mediante el recurso de géneros literarios híbridos, en los cuales los argumentos racionales de la filosofía política coexisten con la sátira, la burla y la caricatura, arbitrios propios de los pasquines y libelos” (1998:16).

5 Jorge Myers (2008) considera que en vísperas de la crisis definitiva del orden colonial surgen dos tipos de letrados: *el letrado patriota* y *el publicista ilustrado*. Ambos experimentan un brusco desplazamiento del lugar que ocupaban en el interior de las sociedades americanas como consecuencia del derrumbe español bajo la invasión napoleónica.

Nuestro presente trabajo se va a focalizar sobre el *letrado publicista* que posee una relación directa con el desarrollo del periodismo como fuente de ingreso económico y con el tipo de escritura política que se va configurando a lo largo del periodo independentista.



pensar la comunidad para organizarla republicanamente. Como sostiene Rama en su obra *La ciudad letrada* (1984): la organización de un discurso unánime, homogéneo (que prefiguraría lo que luego sería considerado bajo el concepto de *nación*) queda en manos de los letrados que

manejan los signos escriturarios y que conforman a través de la cultura escrita una visión de lo que se quiere para América y para sus respectivos pueblos. En coincidencia con la postura de Rama, Altamirano afirma:

Las elites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina. Procediendo como bisagras entre los centros que obraban como metrópolis culturales y las condiciones y tradiciones locales, ellas desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las ideas, del arte o de la literatura del subcontinente, es decir, en las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el dominio de la historia política [...] Según las circunstancias, juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias al servicio de los combates políticos, tanto en las polémicas como en el curso de las guerras, a la hora de redactar proclamas o de concebir constituciones, actuar de consejeros de quienes ejercían el poder político o ejercerlo en persona (2008: 9).

Las palabras de Altamirano resultan esclarecedoras para entender el lugar en el que gravitan estos letrados dentro de las estructuras de poder que se inician y permanecen dentro del ámbito urbano: más allá de tener que procurarse una subsistencia económica, estos hombres criollos se amparan en la imagen de *apóstoles seculares* que ceden su servicio de *intérpretes* del saber a la nueva organización política

LO QUE PARECE SER UN SERVICIO A LA PATRIA, UNA ENTREGA DESMEDIDA, NO ES OTRA COSA QUE EL PRODUCTO DE LA RECONFIGURACIÓN DEL ESPACIO SOCIAL Y LAS MODIFICACIONES IDEOLÓGICAS QUE SE PERGEÑARON EN TORNO AL PAPEL A OCUPAR EN LA SOCIEDAD POR LAS ELITES ILUSTRADAS.

que se está forjando.⁶ Esta suerte de entrega conlleva la producción de modelos culturales que se pretenden homogéneos y capaces de educar y encauzar el accionar del pueblo que es tematizado como portador de una multiplicidad de saberes heterogéneos y tradicionales imbricados con una

cultura oral y peligrosa que prioriza las pasiones por sobre la razón (Franco, 1983).⁷

Lo que parece ser un servicio a la patria, una entrega desmedida, no es otra cosa que el producto de la reconfiguración del espacio social y las modificaciones ideológicas que se pergeñaron en torno al papel a ocupar en la sociedad por las elites ilustradas. Al respecto, y si bien su artículo se aboca a la figura del letrado patriota, Myers analiza la situación forzada en la que se vio inserto el hombre de letras que tuvo que reacomodarse de manera vertiginosa: “Cada uno de estos escritores, con los mayores o menores recursos culturales que pudo haber obtenido de su formación bajo la colonia, debió definir su identidad ideológica en el marco de un universo sociocultural y político cuyos contornos se habían vuelto de pronto imprevisibles e inciertos” (2008:122). En otras palabras, si bien este reacomodamiento trajo aparejada cierta autonomía y reconocimiento para con estos hombres portadores del saber, también implicó un “tortuoso juego entre las ideas recibidas en América y las cambiantes formas que adoptó la realidad social y política en los países que luchaban por su independencia [...]” (Romero, 1985: XXXVIII).

6 “La representación del hombre de letras como apóstol y visionario, que honra a su país con sus obras y lo inspira con su pensamiento y su acción cívica, cristalizó muy tempranamente” (Altamirano, 2008:16).

7 En consonancia con la postura de Jean Franco, Rojas retoma la postura de Antonello Gerbi (*La disputa del Nuevo Mundo*) y afirma: “Los reflujos de tantas lecturas ilustradas, que reproducían el tópico de la “inferioridad” americana, generaron en las élites criollas que encabezaron los procesos de independencia una relación compleja con sus propias comunidades, a las que veían, a la vez, como sujeto y como obstáculo para la edificación de Estados nacionales” (Rojas, 2010, 319).

Frente al panorama cambiante y novedoso tanto a nivel político como social, el proceso de emancipación requiere para consolidarse de la conformación de una visión cultural americana (de una perspectiva americanista) como herramienta para sostener y vehiculizar a los sectores heterogéneos que conforman las poblaciones. Esta *visión* será la que legitime el proceso de independencia a través del armado de *comunidades imaginadas* (Anderson, 1989) creadas y generadas gracias a la *escritura cívica* (Palti, 2008) que es divulgada por la prensa al público. Así, los sectores ilustrados criollos tienen la función tanto de crear, producir, conocimientos para la comunidad como de divulgarlos, publicarlos, a través de la prensa. Los lectores devienen en *lectores-compatriotas* gracias al hecho de una escritura performativa que realizan los letrados criollos como *poetas fundacionales* de un estado que sólo se articula a través de su escritura pública: “La carencia inscrita en el cuerpo político se compensa así por un acto de lectura compartido por millares de individuos, los cuales, sin que necesariamente se conozcan entre sí, ganan su propia subjetividad de lectores-compatriotas justamente en el acto de esa lectura especular” (Leopold, 2010:10).

Teniendo en cuenta el nuevo papel signado a las elites culturales criollas, aquí analizaré el funcionamiento del concepto de *letrado* que configura Joaquín Fernández de Lizardi en su novela *El periquillo Sarmiento* (1816). Este análisis va de la mano de un cuestionamiento profundo que realiza el autor en torno a la visión del letrado como guía de la población. En la novela el protagonista letrado desenmascara a sus pares que se erigen en intérpretes de la letra escrita y etérea (alejada del mundo de los oficios y del desgaste físico). Esta primera novela hispanoamericana se pregunta por el lugar a ocupar por un letrado que no se contenta con atarse al molde prefigurado de un accionar simulado (como lo es el representado por los letrados que imitan la letra colonial), pero tampoco accede a dedicarse a una vida manual propia de un oficio alejado del uso de la razón. Para desentrañar el concepto de *letrado*, se trabajará con el marco conceptual instaurado por Koselleck (1993) en relación con la noción que no existe un tiempo lineal sino una multiplicidad de tiempos superpuestos unos en otros que habilitan distintas experiencias con respecto a los mismos. En particular, estas experiencias se verán en

la novela a través de la autobiografía de Pedro Sarmiento y de los testimonios de sus interlocutores (tanto de sus “padres” sustitutos, como sus pares bachilleres o *léperos decentes* [Franco, 1983]).

Todas estas experiencias dialogan y confluyen en el relato de Pedro Sarmiento, un *letrado enmendado*, que concibe su escritura como dadora de un sentido moral y performativo en la vida de sus hijos. Así, su escritura deviene pura expectativa para con un lector que pueda transformar en acciones aquellas experiencias que el escritor plasmó en palabras. El concepto a trabajar es concebido como *polívoco* por Lizardi ya que desea representar la confluencia de distintas significaciones y distintos procederes para aquellos que toman la investidura de letrados. En particular, se presentan tres tipos de letrado: el letrado formado en la colonia que abusa de su posición social y se corrompe aprovechando los beneficios que obtiene de su papel, el letrado colonial que denuncia y desenmascara al letrado corrupto y, por último, el *letrado desviado* que se consolida en la etapa pre-independentista (durante la crisis del sistema colonial) y que transforma el saber en mercancía para un público heterogéneo. Los dos últimos modelos de letrado trabajan en conjunto dentro de la novela (Pedro Sarmiento-Lizardi) estableciendo una suerte de dualidad o continuidad: el letrado colonial le cede su voz al letrado pre-independentista para que asuma su labor como un legado. Sin embargo, este último escritor no solamente se concentra en interpretar y transmitir la escritura *sagrada* (plasmada en la experiencia de vida de Pedro Sarmiento), sino que también amplía el público lector ya que traslada una escritura del recinto familiar al ámbito público. Lizardi actúa como un editor que no solamente se concentra en el discurso escrito, sino que también prioriza el armado de ese discurso y la recepción del mismo.

DEL MECENAS NOBLE AL MECENAS PÚBLICO: EL SURGIMIENTO Y LA NECESIDAD DE NUEVAS PRÁCTICAS DE LECTURA PARA UNA SOCIEDAD EN CRISIS

En la novela de Lizardi se observa el uso de distintos conceptos propios del Antiguo Régimen (como son el de *letrado*, el de *público* y el de *pueblo*) con nuevas significaciones demostrando la necesidad de cambio

por parte de la sociedad hispanoamericana que vislumbra al sistema colonial como un entramado de poder que no logra contener ni dar respuesta a las inquietudes sociales.⁸ En relación con lo dicho, Mabel Moraña sostiene que esta novela presenta el imaginario colectivo como materialización simbólica tanto del sistema hegemónico como de los proyectos alternativos que se gestan en el interior de éste pergeñando un *desmontaje ideológico* de las redes de poder (1997:16). Esta obra plantea el problema que posee un letrado para transmitir su experiencia de vida sin quedar atrapado en las redes de poder colonial, sin ser confundido con los otros funcionarios fraudulentos o simuladores. En otras palabras, en esta novela se tematizan las dudas sobre cómo apropiarse y resignificar los conceptos del Antiguo Régimen sin perder el aspecto homogéneo y de cohesión de los mismos,⁹ pero planteando aristas y actualizaciones que abran el juego, que movilicen al escritor público y lo conecten con los lectores desde otro lugar.

Lizardi publica esta novela en 1816, época en la cual ya había logrado pergeñar la manera de proclamarse representante de la *opinión pública* considerando a la misma como “[...] una *doxa* o saber social compartido en que se encarna el conjunto de principios y valores morales sobre los que descansa la convivencia social” (Palti, 2008:232). A lo largo de todos sus escritos (tanto periodísticos como literarios) busca de todas las formas posibles ser el mediador, el interlocutor del *reino de transparencia* que era para él la *opinión pública o tribunal de la opinión* (Palti: 232). Así, su recorrido por la escritura converge en plasmar, publicitar y mostrar aquello hasta el momento silenciado por otros, ocultado o borroneado por los representantes del poder y de la cultura. Esta construcción de letrado, tan particular y excéntrica, se alía con un método combativo que ataca los cimientos

8 En relación con lo dicho, es muy usual en la novela que Periquillo realice preguntas y tenga dudas que no puedan ser contestadas por los distintos funcionarios o figuras de ley representantes de la *ciudad letrada* (Rama, 1984), excepto sólo por aquellos que no se encierran dentro del sistema de poder (como es el caso del clérigo con el que conversa en su primera salida de la ciudad).

9 Este proceder paradójico del espacio público moderno naciente es analizado tanto por Lempériere como por Guerra: “El liberalismo iberoamericano, cuyos primeros brotes apenas se distinguen del espíritu dieciochesco, es, en este sentido, elitista, pero paradójicamente promueve al mismo tiempo el concepto de ciudadano-elector y lo pone en práctica mediante un sufragio en muchos casos muy amplio” (Guerra, 1998:17).



ASÍ, SU RECORRIDO POR LA ESCRITURA CONVERGE EN PLASMAR, PUBLICITAR Y MOSTRAR AQUELLO HASTA EL MOMENTO SILENCIADO POR OTROS, OCULTADO O BORRONEADO POR LOS REPRESENTANTES DEL PODER Y DE LA CULTURA.

coloniales de la sociedad mexicana y los vicios morales que afincan en sus raíces. Esta metodología se ve articulada en la novela a través del muestreo que realiza Periquillo Sarmiento de los distintos espacios urbanos y de la corrupción con la que se ligan debido a un abuso de poder u omisión del ejercicio (se destacan los casos del escribano Chanfaina, el del médico *Purgante*, el del boticario, el de su primer maestro, entre otros).

El protagonista, anclado en una mirada ingenua propia del *letrado pícaro* que desconoce la corrupción del poder, nos muestra a los lectores los errores cubiertos por una mirada distanciada y asombrada. Pedro Sarmiento, el pícaro recuperado, es el que se encarga constantemente de dotarle a los actos de su juventud un matiz moral reprobatorio y punible para luego dar consejos a sus hijos lectores¹⁰ sobre cómo proceder en sus vidas.

La forma de organizar la novela por parte de Lizardi (en actos inmorales seguidos de reflexiones punitivas y reformatorias) es sumamente criticada por Franco quien en su artículo considera la interrupción de Pedro Sarmiento como táctica disciplinaria que, sin embargo, no logra educar al lector contemporáneo de la novela: “El autor no podía incorporar la figura del lépero sin correr el riesgo de ser criticado por su mal gusto, y esto a pesar del hecho de que se ponía a cada rato en peligro la verosimilitud, y de que transmitía el mensaje moral aún a costa de la identidad del personaje” (1983:26). La novela se teje de forma irregular entre los hechos y el discurso moralizante sin lograr su cometido: “las aventuras se narran por medio de la voz del moribundo don Pedro, de manera que la acción y el discurso se vinculan inseparablemente como gemelos siameses” (Franco, 1983: 27). Lo que para Franco es un intento fallido de novela que se queda a medio camino entre la diversión lúdica de las anécdotas populares y las interrupciones educativas de un narrador moribundo, no es más que el proceder de un *letrado publicista* que hace

10 Un ejemplo claro de este proceder es el que sucede en el capítulo VIII en el que Periquillo le confiesa a Januarío su deseo por Poncianita, su prima. Acto seguido, su cruel amigo lo engaña y le hace pasar un momento de humillación frente a los padres de la chica. Al respecto, Pedro Sarmiento reflexiona y sostiene:

Dos lecciones da este suceso, hijos míos, de que os deberéis de aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos a cualquiera que se os venda por amigo [...]; y lo otro, porque aun cuando sea un amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entonces, si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le hayáis comunicado en secreto, para vengarse [...] (Lizardi, 1976:171).

uso de la ficción como taller de experimentación de su discurso educativo. Al respecto, se debe tener en claro el concepto de *letrado* que circulaba en el momento en el que escribe Lizardi. Para ello, contamos con la definición de la Real Academia Española que en el año 1734 definía a este concepto como: “El docto en las ciencias que por estas se llamaron letras, se le dio este nombre; Se llama comúnmente al Abogado [...]”. El sabio y el abogado, dos instancias trabajadas por Ángel Rama en su obra *La ciudad letrada* (1984) para nominar a este tipo de funcionario. Este crítico analiza la forma en que se fue modificando el tipo de funcionario requerido por el sistema colonial con el cambio que se da entre la *ciudad letrada* a la *ciudad escrituraria*.

Fue evidente que la ciudad letrada remedó la majestad del Poder, aunque también puede decirse que éste rigió las operaciones letradas, inspirando sus principios de concentración, elitismo, jerarquización. Por encima de todo, inspiró la distancia con respecto al común de la sociedad. Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la ciudad letrada una ciudad escrituraria, reservada a una estricta minoría (...) Este exclusivismo fijó las bases de una reverencia por la escritura que concluyó sacralizándola (1984:41).

La *reverencia por la escritura* significó un beneficio de ciertos sectores de la incipiente burguesía criolla (médicos, escribanos, abogados) que asumen un lugar privilegiado al ser los portadores de la “facultad escrituraria que era indispensable para la obtención o conservación de los bienes” (Rama, 43). Esta importancia primordial de la escritura consolida para Rama el fenómeno de la *diglosia*, formada durante la Colonia, pero exacerbada en este período. Dicho fenómeno permite explicar las dos lenguas que se presentan en el comportamiento lingüístico de los latinoamericanos: la *lengua pública*, “que fue impregnada por la norma cortesana procedente de la península” y la *lengua popular*, es decir, “la lengua del común que, en la división estamental de la sociedad colonial, correspondía a la llamada *plebe*, un vasto conjunto desclasado [...]” (Rama, 43-44).

Esta división tajante que realiza Rama deviene confusa y opaca si analizamos el fenómeno de

conformación de la *opinión pública* en Latinoamérica. Al respecto, Guerra sostiene que en sus comienzos “la opinión es un atributo de los hombres ilustrados y ninguno de éstos la confunde con el sentir del conjunto de la población o, menos aún, del pueblo —del ‘vulgo’— [...] la opinión aquí remitía a un espíritu público que había que remodelar” (Guerra, 2002: 362). Sin embargo, este escritor nota cambios flagrantes en los fenómenos de opinión en los años que van de 1808 a 1814. En dicho periodo

[...]la palabra pública deja de ser un privilegio de las autoridades y pasa a una infinidad de actores sociales, antiguos o nuevos [...] la unidad moral de la Monarquía se desmorona; la unanimidad patriótica de los primeros tiempos no resiste a la irrupción política [...] Años de discordia y de guerra civil [...] antes que la voz de la razón, la palabra escrita es un *arma* que todos usan: los gobernantes y los gobernados, las élites y el pueblo [...] *Guerra de información y guerra de valores* [...] todo el espacio americano está recorrido por una infinidad de papeles públicos y privados que vanamente los contrincantes intentan controlar (Guerra, 2002:383) [Énfasis mío].

Entre la perspectiva vertiginosa y dinámica dada por Guerra y el estatismo ligado al dominio jerarquizado del grupo letrado otorgado por Rama, se destaca el estudio de Elías Palti que reivindica el lugar del *letrado publicista* en esta primer etapa del proceso independentista desde un accionar virtuoso. Este tipo de letrado posee un basamento pre-moderno al pretender aunar a la sociedad erradicando los males ejercidos por el abuso de cierto vicio. Este objetivo conduce al letrado a una búsqueda continua de la Verdad y de su defensa. Al respecto, Lizardi insiste de manera superlativa en la novela sobre su imperioso rol de mediador (*médium*) entre las virtudes y los hombres, en particular, entre la experiencia de vida plagada de verdades de Pedro Sarmiento y los *lectores-periquillos* que necesitan de la misma para enmendarse. Es la escritura la que beneficiará a los lectores y les advertirá de los males de caer en la corrupción pasional.

Sin embargo, no se puede obviar el rol de productor y vendedor que lleva a cabo en la novela Lizardi que desvía el testamento autobiográfico de Pedro Sarmiento y lo transforma en mercancía productiva (tanto económica como moralmente).

El corrimiento de la escritura del pasaje del recinto sagrado de los sabios a la lectura pública de la población implica la búsqueda de un nuevo tipo de mecenas y benefactor: los lectores. Como bien se destaca en el prólogo de la novela: “¿A quiénes con más justicia debes dedicar tus tareas, sino a los que leen las obras a costa de su dinero? Pues ellos son los que costean la impresión, y por lo mismo sus mecenas más seguros. Con que aliéntate, no seas bobo, dedícales a ellos tu trabajo y saldrás del cuidado” (Lizardi, 1976:59). Este corrimiento de autoridad implica dejar de lado fórmulas superficiales al procurar obtener un rédito económico divirtiendo y educando al lector que deviene en juez de lo escrito. Así, se *quiebra* el circuito de información, se revela el lenguaje oculto y secreto del círculo letrado:

[...] entra en quiebra la lengua secreta de la *ciudad letrada* [...] Simultáneamente irrumpe el habla de la calle con un repertorio lexical que hasta ese momento no había llegado a la escritura pública, a la honorable vía del papel de las gacetas o libros, y lo hace con un regodeo revanchista que no llegan a disimular las prevenciones morales con que se protege Lizardi [...] la obra entera del Pensador Mexicano es un cartel de desafío a la ciudad letrada, mucho más que a España, la Monarquía o la Iglesia [...] (Rama, 1984: 58-59).

Lo que para Rama es un mero *regodeo revanchista* de Lizardi, implicó, por el contrario, instaurar un camino de crítica, desmontaje y penetración al sistema colonial a través del uso inesperado y rebelde de la escritura pública. Esto, sin lugar a dudas, generó molestias en el círculo letrado que detentaba el poder ya que involucraba mucho más que una nueva forma de escritura o una mera evasión del sistema de censura de las autoridades coloniales.

CODA: HABLAR COMO LA GENTE, ESCRIBIR PARA EDUCARLA.

La primera novela hispanoamericana plantea una novedad incómoda en torno a la participación e importancia de los lectores en la vida pública: ellos no sólo forman parte de la comunidad, sino que también poseen la experiencia necesaria como para juzgar el proceder de las autoridades.

Si bien es indudable que la escritura estipula una diferenciación tajante entre el público lector y la población ignorante (separación a la que hacen hincapié tanto Rama como Franco), también prefigura en la obra de Lizardi la posibilidad de *darle la palabra* a los rumores callejeros, a los conocimientos barriales, a los saberes no ligados de forma directa con la letra escrita o la sabiduría académica. Los mismos son retomados por Lizardi no de forma mimética ni ingenua (como se piensa debido al punto de vista que asume Periquillo Sarmiento), sino de manera productiva por un letrado lector de estos saberes informales, capaz de recorrer los laberintos de *la ciudad real* y reproducirlos en la escritura con el fin de reformar y educar al público lector. El sabio debe salir del recinto académico para interactuar con las inquietudes del pueblo y transformar a la escritura en una respuesta educadora y efectiva para el cambio abrupto que experimenta la sociedad. ◆

Bibliografía

- Adorno, Rolena (diciembre, 1987). "La ciudad letrada y los discursos coloniales", en *Hispania*, XVI, 48: 3-24.
- Adorno, Rolena (1995). "Textos inborrables: Posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 21, N° 41.
- Altamirano, Carlos (dir.). Jorge Myers, Jorge (ed.) (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Anderson, Benedict (2007). *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bhabha, Homi K. (2002). "El mimetismo y el hombre. La ambivalencia del discurso colonial", en *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Brading, David (1991). *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Colombi, Beatriz (2006). "La gesta del letrado (sobre Ángel Rama y la ciudad letrada)", en *Revista Orbis Tertius* no. 12.
- Colombi, Beatriz (2009). "Diálogos de la independencia", en Noé Jitrik (comp.). *Revelaciones imperfectas. Estudios de la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: NJ Editor.
- Dabove, Juan Pablo (enero-marzo de 1999). "Espejos de la ciudad letrada: El "arrastradero" y el juego como metáforas políticas en *El Periquillo Sarmiento* de Fernández de Lizardi", en *Revista Iberoamericana* LXV/186: 31-48.
- Fernández de Lizardi, Joaquín (1968). *El pensador mexicano*, en *Obras III- Periódicos*. México: UNAM.
- Fernández de Lizardi, Joaquín (1976) [1816]. *El Periquillo Sarmiento*. Madrid: Editora Nacional.
- Franco, Jean (1975). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Franco, Jean (abril-agosto 1983). "La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana", en *Hispania* 34-35: 3-34.
- Goldman, Noemí (2009). "Legitimidad y deliberación: el concepto de opinión pública en Iberoamérica, 1750-1850" en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos en la era de las revoluciones, 1750-1850*, Vol. I, Javier Fernández Sebastián (dir.). Madrid: Fundación Carolina / Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Guerra, François-Xavier y Lempérière, A. (coords.) (1998). *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, François-Xavier. "Voces del pueblo. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)", en *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225: 357-384.
- Habermas, Jürgen (1987). *El cambio estructural del público*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Íñigo Madrigal, Luis (coord.). (1987). *Historia de la literatura hispanoamericana, Tomo II, del neoclasicismo al modernismo*. Madrid: Cátedra.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Lempérière, Annick (2008). "Hombres de letras hispanoamericanos y secularización (1800-1850)", en *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editora.
- Leopold, Stephan (2010). *Introducción a Escribiendo la independencia. Perspectivas coloniales sobre la literatura hispanoamericana del siglo XIX*. (Robert Folger y Stephan Leopold eds.). Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Lynch, John (1985). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Moraña, Mabel (1997). "El Periquillo Sarmiento y la ciudad letrada" en *Políticas de la escritura en América Latina. De la Colonia a la Modernidad*. Caracas: Excultura.
- Mozejko, Danuta Teresa (enero-marzo 2007). "El letrado y su lugar en el proyecto de nación: El Periquillo Sarmiento de Fernández de Lizardi", en *Revista Iberoamericana* LXXIII, Núm. 218: 227-242.
- Palti, Elías (2007). "Opinión pública/Razón/Voluntad general" en *El tiempo de la política, el Siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Palti, Elías (2008). "Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno", en *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Picón Salas, Mariano (1944). *De la conquista a la independencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina, literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rojas, Rafael (1991). "Una maldición silenciada. El panfleto político en el México independiente", en *Historia Mexicana*, vol. XLVII.
- Rojas, Rafael (2003). *La escritura de la independencia: el surgimiento de la opinión pública en México*. Buenos Aires: Taurus.
- Rojas, Rafael (2010). *Las repúblicas de aire*. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- Romero, José Luis (1985). Prólogo a *Pensamiento político de la emancipación*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Salomón, Noel (enero-febrero, 1965). "La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarmiento*", en *Cuadernos Americanos* I: 167-179.
- Scavino, Dardo (2010). *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Spell, J. F. (1927-1928). "La sociedad mexicana juzgada por Fernández de Lizardi", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* (México), época 4: 224-240.
- Vera, Eugenia Roldán (2009). "Opinión Pública" en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos en la era de las revoluciones, 1750-1850*, Vol. I. Javier Fernández Sebastián (dir.). Madrid, Fundación Carolina- Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales- Centro de Estudios Políticos y Constitucionales: 1065-1076.
- Vogeley, Nancy (octubre, 1987). "Defining the 'Colonial Reader': El Periquillo Sarmiento", en *PMLA* Vol. 102, Núm. 5: 784-800.
- Vogeley, Nancy (octubre, 1987). "The concept of 'the people' in El Periquillo Sarmiento", en *Hispania* Vol. 70, Núm. 3: 457-467.